

Presencia de la lengua árabe en la historia del español



Rafael Cano Aguilar
Universidad de Sevilla.





La incorporación de una gran parte de la península ibérica al mundo islámico y, cultural y lingüísticamente, árabe dejó profundas huellas en la historia de los pueblos hispanos. Esas huellas se observan en la arquitectura, en la alimentación, en ciertas costumbres, en la toponimia... Incluso se ha llegado a argumentar (Américo Castro) sobre que la misma realidad humana, social y política de España se fue haciendo a lo largo de la Edad Media en el largo proceso de confrontación e interferencias entre los mundos cristiano (y europeo) y musulmán, con la decisiva intervención además del elemento judío.

Más allá de todo ello, que sigue siendo materia de discusión entre los historiadores, es evidente que esa larga presencia plurisecular dejó huellas palpables en la lengua, no solo en el castellano que después se haría 'español', sino en las demás lenguas romances de la península (gallego y portugués, catalán), en un grado inimaginable en el resto de Europa, con la única excepción de Sicilia, que también conoció durante dos siglos la presencia árabe. La huella lingüística árabe es, en todos estos casos, fruto de la coexistencia y los contactos, variados en el tiempo, entre el mundo románico y el árabe.

Los contactos, y las interferencias resultantes, son diferentes según nos reframamos a la parte de la península dominada por los árabes: la conocida como Al-Andalus, de extensión variable a lo largo del tiempo, desde la práctica totalidad de la península a mediados del siglo VIII al reducido reino de Granada en la Baja Edad Media; o a la parte que quedó independiente, limitada en un principio a focos de resistencia en las montañas cantábricas y pirenaicas, y progresivamente extendida hacia el sur, por medio del proceso de 'reconquista' emprendido por los diferentes reinos que se fueron originando, fundiendo o separando: Asturias y León, Navarra, Castilla, Aragón, Cataluña, Portugal.

En Al-Andalus el árabe fue, desde el principio, como es de esperar, la lengua dominante como propia de la clase dominante (en los primeros siglos nutrida sobre todo por árabes étnicos), pero también se extendió como lengua de uso, sola o en contacto con otras, a los africanos (bereberes) que llegaron como soldados, y a la población hispana que quedó sometida al poder árabe, y que pronto se dividió entre los conversos al islam (conocidos como *muladíes*) y los que permanecieron cristianos (*rumíes* o, más tarde, *mozárabes*). De esta forma surgió un dialecto árabe andalusí, diferente al clásico, literario y coránico, y bien reconocido por los árabes de otras zonas, un dialecto que tuvo también sus formas rurales, aunque de estas últimas apenas se conozca nada.

No acaba ahí la complejidad lingüística de Al-Andalus. Los africanos no estaban aún completamente arabizados, de modo que algunos puede que siguieran hablando dialectos herederos del latín norteafricano, tan reconocido en la época imperial romana, y, sobre todo, muchos hablarían los dialectos bereberes, aún vivos en Marruecos o Argelia, pero de cuya



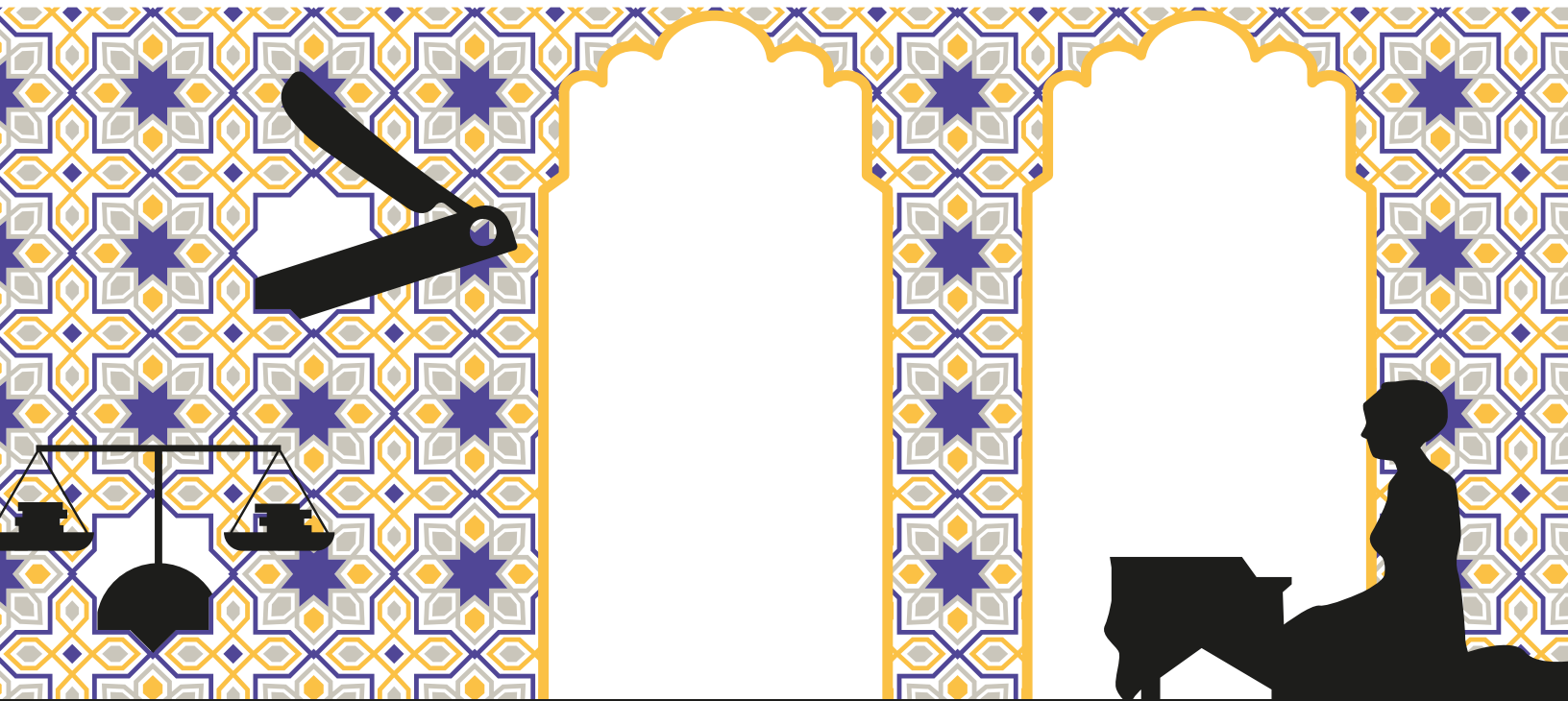
presencia en la península, si bien innegable, no quedan restos documentados.

Por su parte, los hispanos, islamizados o cristianos, mantuvieron sus dialectos heredados del latín, mal llamados ‘mozárabes’ (no se debe utilizar una etiqueta socio-religiosa para lo lingüístico) y hoy mejor denominados ‘romances andalusíes’. Esas formas romances fueron usadas no solo por los hispanos, sino también por muchos de los árabes y africanos que se afincaron en Al-Andalus. De ellas han quedado huellas en la toponimia, en nombres de plantas presentes en botánicos y médicos andalusíes, en ciertos vocabularios latino-arábigos y, sobre todo, en las composiciones poéticas conocidas habitualmente como ‘jarchas’, de historia textual hartamente complicada. Todas esas huellas han llegado a través del árabe, o en textos escritos en árabe (o, en el caso de algunas jarchas, en hebreo), lo cual complica extraordinariamente la reconstrucción de las hablas romances andalusíes.

En cualquier caso, el sentir casi unánime de los historiadores es que estos dialectos desaparecieron a lo largo del siglo XII, tras el profundo proceso de islamización y arabización, que, iniciado en el Emirato (siglos VIII-X), profundizado en el Califato (siglos X-XI) y llevado a su culminación tras las invasiones norteafricanas de los siglos XI (almorávides) y XII (almohades), sufrió la po-

blación andalusí, fruto de la mezcla de las élites árabes, bereberes africanos y gentes de otros orígenes (sirios, esclavos eslavos y subsaharianos) con los hispanos que se mantuvieron en sus tierras (los cuales eran a su vez fruto de la mezcla de godos, romanos e indígenas peninsulares).

En las tierras cristianas independientes, el árabe era no solo una lengua vecina, sino sobre todo la lengua de una civilización superior, al menos hasta el siglo XIII. De este modo, los cristianos tomaban voces procedentes del árabe para los aspectos más diversos de la vida, desde la administración y la organización política hasta la alimentación o la vestimenta; solo el mundo religioso quedó casi por entero al margen de tales préstamos. En el siglo XIV la superioridad árabe cede ante la europea (francesa o italiana), pero todavía sigue aportando elementos para la vida cotidiana. Es ya a partir del XV cuando la influencia lingüística árabe decae hasta casi desaparecer en siglos posteriores. No solo eso, la profunda aversión de la sociedad española de los llamados Siglos de Oro al mundo islámico produjo el abandono de vocabulario, por ejemplo, de oficios (así, dejaron de usarse *almojarife*, *alfayate*, *alfageme* o *alarife*, en favor de *tesorero*, *sastre*, *barbero* o *arquitecto*). Después de esa época, el arabismo lingüístico se limita a algunos vocablos tomados del turco,



del árabe de Marruecos (por la presencia española en dicho territorio en los siglos XIX y XX) o del de Argelia, este a través del francés.

Los canales por los que se produjeron estas interferencias fueron muchos. Los más antiguos quizá fueron los cristianos ('mozárabes') que en diversas oleadas huyeron de Al-Andalus entre los siglos IX y XI. O los que se incorporaron a los reinos cristianos tras las respectivas conquistas, como ocurrió en Toledo, Zaragoza o Lisboa. Pero también fue antigua la interpenetración en el valle del Duero, frontera entre ambos mundos durante casi tres siglos, por medio de comerciantes, traductores, rescatadores de cautivos...: los grupos, más o menos extensos y expertos, de bilingües (moros 'latinados' y cristianos 'algarabiados') fueron un factor fundamental en este proceso.

Más tarde, con las grandes conquistas cristianas, amplios núcleos de población musulmana, andalusí, entraron a formar parte de esos reinos. Aunque situados en la escala más baja de la sociedad, los *mudéjares* fueron un medio de introducción de arabismos, si bien por lo general propios de la vida más cotidiana y humilde. Cuando los mudéjares, a principios del XVI, se convierten en *moriscos*, al ser obligados a bautizarse, la influencia lingüística árabe languidece hasta prácticamente desaparecer.

Todo ello constituye un arabismo lingüístico transmitido por vía oral, propio de casi todos los ámbitos de vida, y proveniente del dialecto andalusí, no del árabe clásico o literario, algo cada vez más tenido en cuenta por los estudiosos. Pero también hubo un arabismo culto, libresco, que llegó a difundirse por toda Europa a partir de las traducciones que monjes y clérigos europeos hacían en España (Tarazona o, sobre todo, Toledo) de textos árabes, muchos de los cuales provenían de fuentes helénicas.

La influencia lingüística árabe es mínima en los sistemas fónico y gramatical. Son lenguas de tipología tan diferente que la interferencia en estos niveles es casi imposible. En el plano fónico solo la creencia popular supone de origen arábigo la aspirada dialectal de *jierro* o *jumo*, o la velar (o aspirada) de *hijo* y *mujer*; o la aspiración de *-s* implosiva; o el yeísmo. Ningún dato científico avala tales (falsas) suposiciones. En el plano gramatical el español cuenta con una preposición de origen árabe (*hasta*) y un sufijo gentilicio (el de *centí*, *marroquí* o *iraní*). Muy dudoso es, en cambio, que tenga ese origen el valor dual de los plurales como *los reyes* ("el rey y la reina"), *los padres* ("el padre y la madre") o *los duques* ("el duque y la duquesa").

Por lo tanto, la influencia fundamental está en el léxico. No es distintiva del español la presencia de

arabismos cultos entrados en las traducciones latinas de textos árabes y comunes a otras lenguas europeas: vocablos astronómicos (*cénit, azafea, auge, acimut, almanaque...*), médicos (*nuca, jarabe, zaratán, jaqueca...*), matemáticos (*cifra, algoritmo y guarismo, álgebra...*) o químicos (*alquimia, alcohol, alambique, elixir...*).

Sí lo es, como se dijo antes, la gran abundancia de palabras que afectan a casi todos los ámbitos de la vida: la casa y la ciudad (*zaguán, alacena, alcoba; aldea, alcázar, alcantarilla, barrio, arrabal...*), el terreno (*albufera, algaida, algar*), animales (pocos: *alcaraván, alacrán, jabalí, atún, albur...*) y plantas (más, los árabes introdujeron en Europa plantas antes desconocidas: *adelfa, albelí, jazmín, acebuche, arroz, azafrán, aceituna (y aceite), jara, retama* (rom. *hiniesta*), *albucema* (rom. *espliego*), *alubia, alcachofa...*).

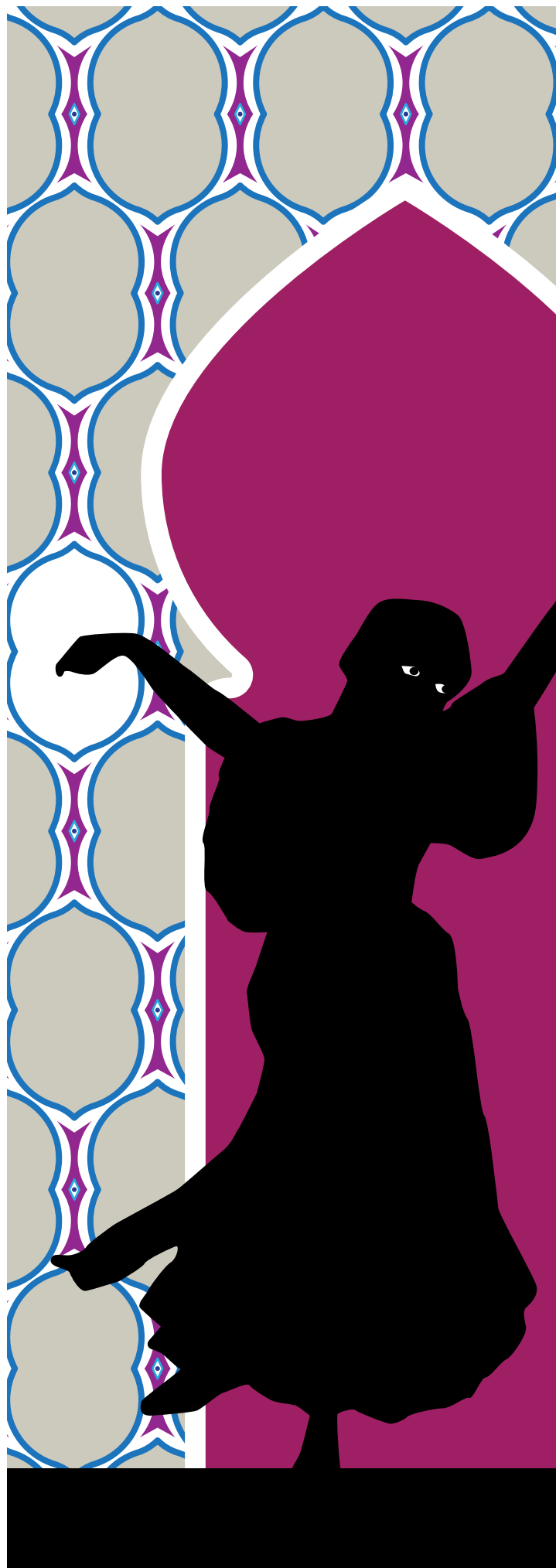
Fueron muy numerosos los arabismos del mundo de la administración (*alcalde, alguacil, almojarife, almotacén, albacea...*), de la economía (*aduana, ceca, almacén, zoco; albalá, albarán, tarifa, arancel, alquiler...*) y de la milicia (*alférez, arráez, almocadén, adalid; alcazaba, adarve, atalaya; zaga; aceifa, algara(da), alarde, (ar)rebató; alfanje, almófar, adarga, aljaba; tambor, acicate, jaez, jáquima, albardas...*). En cambio, de la religión solo entraron elementos externos (*mezquita, alminar, almuédano, Alcorán...*).

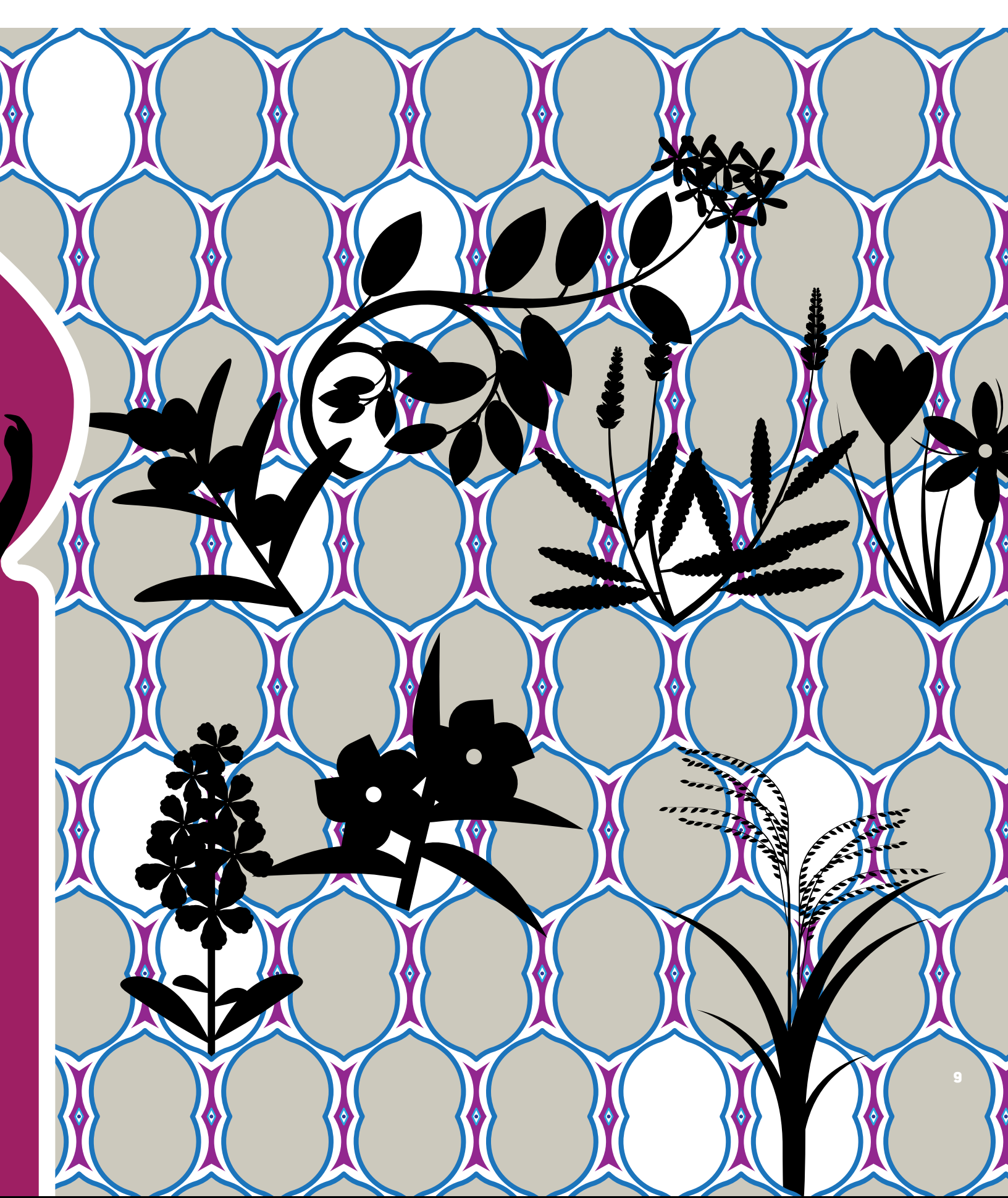
Son muchos también los vocablos de oficios o tareas: agricultura (*acequia, aljibe, alberca, noria, arriate; tahona, almazara; almiar, alfolí...*), alfarería (*alfar* → *alfarería*, etc., *jarra, taza...*), construcción (*albañil, alarife, adobe, azulero, tabique...*), transporte (*acémila, recua...*), joyería (*alhaja, ajorca, arracada, alfiler, marfil...*), bordados y pieles (*fustán, aceituní, recamado; badana, guadametil, tabalí...*), navegación y pesca (*almadraba, falúa, carraca...*), minería (*azogue, alquitrán, añil, azufre, almagre...*).

Para la vida diaria contamos igualmente con vocablos en ámbitos diversos: *ajuar* de la casa (*almohada, alfombra, candil, redoma...*), vestimenta (*albornoz, zaragüelles, borcegués...*), juegos (*azar, ajedrez: alfil, jaque, mate o roque, naípe, tabúr...*), música (*albogue, rabel, guitarra, laúd, zambra...*), medidas y monedas (*arroba, quintal, azumbre, almud, cabiz, adarme; maravedí...*), colores (*azul, añil, carmesí...*), cocina y alimentación (*alcuza, almirez; albóndiga, alcuzcuz, almíbar, arrope, alfeñique, alfajor...*), y cosmética (*albeña*).

Son escasos, por el contrario, los vocablos referidos a realidades no materiales, en muchas ocasiones teñidos de connotaciones negativas: expresiones ruidosas (*albricias, algazara, algarabía, alboroto...*), cortesía (*zalema* → *zalamero*), defectos (*baladí, rehez, mezquino, gandul, cicatero, aleve...*) y patologías (*loco, majarón* y derivados), tipos humanos (*elche, horro, alcabuete...*). Solo el híbrido (con *hacer*) *hazaña* es positivo.

La inmensa mayoría de los arabismos consiste en sustantivos. Fuera de ellos hay algunos verbos: *achacar, recamar, acicalar, halagar*; indefinidos: *fulano y mengano*; adverbios: *en l de balde*; e interjecciones: *ojalá, hala*, ant. *ya*, ant. (*a*)*hé* (→ *alabé*).









Se ha discutido mucho la existencia de arabismos semánticos, es decir, la penetración de significados propios de una voz árabe en su correspondiente romance. Hoy se admiten como probables los casos de: *adelantado* (“jefe militar de frontera”), *mentiras* (“mancha blanca en las uñas”); *poridad* (“secreto”), *correr* (“depredar, saltar”: cfr. *correrías*); *llenar el ojo, erre que erre...* En cambio son mucho más discutidos otros como el prefijo *a-* de *amatar, abajar...*; *infante* (“hijo de rey”), *hidalgo, nuevas* (“noticias”), *plata* (“lámina” > “plata”), *ojo* (“manantial”), *casa* (“habitación de la casa”, “ciudad”); *amanecer y anochecer* personales; expresiones: *burla burlando*.

La cultura árabe medieval fue en buena medida síntesis de la base árabe con aportaciones de fuentes muy variadas: persas, indias, helénicas, latinas. Ello se nota en el vocabulario, de modo que buena parte de los arabismos arriba reseñados procede en último término de otros ámbitos lingüísticos. Así, hay arabismos originados en otras lenguas semíticas: *alcuza; albóndiga y bellota* (¿o son griegos?); *aceite, aceituna; mezquino*; en lenguas bereberes: *tagarnina* (origen último latino); ¿*alazán?*; ¿*farfán?* (→ *fanfarrón*); en el egipcio: *albur, ataúd, azucena*; en lenguas de la India (sánscrito u otras): *ajedrez, arroz, alcanfor, azúcar, toronja, abalorio*; en el persa antiguo: *alfajor, zarabanda* (dudoso), *espinaca, alubia, alcachofa; almíbar, escabeche* (y *cebiche*); *alcaraván; zaguán; gandul, momia; naranja* (dudoso: ¿sánscrito?); *jazmín*; en el griego: *guitarra* (¿a través del arameo?), *azu-, azo-faifo, acelga, a(l) tramuz, albéitar* (gr. *ippiatrós*), *adelfa* (< gr. *dáphne*)...; o en el latín, siendo aquí difícil diferenciar los vocablos tomados directamente del latín, por vía escrita, de los romancismos introducidos en árabe: *candil* (del griego tardío tomado del lat. CANDELA), *quintal* (del griego, tomado del latín CENTENARIUM); otros: *alcaucil* (< CAPITIA), *mandil* (< MANTELE > *mantel*), *acetre* (< SITULA), *albéchigo* (< PERSICU), *alcázar* (< CASTRUM)...

Finalmente, como muestra de la profunda penetración arábica, han de reseñarse los híbridos, especialmente frecuentes en la toponimia: *Bene-gas, Benavides, Almonte, Gibralfaro, Almofter, Almonaster, Guadalupe...*, pero también en el léxico ordinario: *holgazán* (sobre *holgar*), ¿*hazaña?* (sobre ant. *hazer*, o contaminado por él); en muchas ocasiones se trata del artículo árabe añadido a voces de origen románico: *alpechín, alcayata, almatriche* (lat. MATRICE > *madriz*), *alcubilla* (< COVA); o de raíces árabes con prefijos y/o sufijos romances: *almorrón* (–ón), *fald-, falt-riquera* (¿o de *falda?*); *achacar, embelear, ¿engarzar?*...

Es evidente que bastantes de esos vocablos han desaparecido del uso cotidiano de los hispanohablantes de hoy: los cambios en las costumbres, hábitos alimentarios, vestimenta, vivienda..., las nuevas unidades de medida o moneda, o las nuevas formas de organización social han convertido en antiguallas palabras todavía vivas en los Siglos de Oro, o en el XIX, incluso en el XX, mantenidas muchas veces en ámbitos rurales. Pero, aun así, el peso del elemento arábigo en el léxico castellano, aunque sea difícil de cuantificar, sigue siendo elevado y sigue inserto en el uso vivo del idioma.